



## ISIDRO FABELA, EL HOMBRE INTIMO

POR MANUEL RAMÍREZ ARRIAGA,  
(periodista)

Sobre nuestra mesa de trabajo descansa el acervo de las obras de uno de los más ilustres especialistas de nuestro Derecho Público, el licenciado Isidro Fabela. Bajo el influjo de su personalidad, que trasciende nuestros lindes vernáculos, pensamos y escribimos estas líneas.

El autor ostenta y ha ostentado varias honrosas distinciones otorgadas por propios y extraños, entre ellas, la de Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Española y la de Juez de la Corte Internacional de La Haya, para mencionar sólo las que más nos gustan.

En cuanto al título de Doctor que por algunos se le atribuye, no sabemos, a ciencia cierta, si se le ha otorgado oficialmente, ni siquiera “honoris causa”.<sup>1</sup> Téngalo o no, es oportuno que recordemos aquel verso del soneto “La España de Hoy” (que lo mismo puede ser el México de hoy), de cuyo autor no conservamos el nombre: “Por cada docto, veinte mil doctores...” Y él, Doctor o no, está entre los doctos.

Casi todas son obras de Derecho, específicamente de Derecho Internacional, como lo sugieren, desde luego, los títulos (Neutralidad, Belice, La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México, Los Estados Unidos y la América Latina) y lo confirma y corrobora el contenido.

---

<sup>1</sup> Don Isidro Fabela recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Derecho) el 19 de abril de 1951. (Nota del Comité).

Este hombre ha luchado a pie firme, en las trincheras de la diplomacia, por el bien de su nación, sin más que defender, con el cabal conocimiento que posee de los problemas que debate y con el más enhiesto patriotismo, los derechos inalienables y la postura internacional de México, de un tradicional e inmovible respeto a la soberanía exterior y a la autonomía interna de todos y cada uno de los pueblos.

Pero expresé que de esta materia tratan casi todas las obras del licenciado Fabela que consulto en mi pequeño, pero acogedor rincón de libros.

Casi todas . . . porque hay una (amén de otras) que se hurta en lo absoluto a los requerimientos de la vida pública de su autor y en la que éste se muestra, desde luego, más íntimo, más humano y, nos permitimos agregar, "más verdadero", porque abrigamos la convicción de que toda su obra se halla transida y señoreada por la más abierta sinceridad. Me refiero a la "Carta a mi hijo Daniel".

Son letras amables y delicadas que escribió en ocasión de casarse quien vino a colmarle con plenitud de amor filial el vacío que experimentaba en el seno de su hogar (dichoso, de otra parte, por todos los demás conceptos) por la carencia del hijo, siempre esperado con amor.

Con absoluta reverencia ante el tabernáculo de su íntimo afecto, ante el relicario familiar que es la carta a que aludimos, no podemos hurtarnos a la singular sugestión con que nos atraen los párrafos que luego transcribimos y que, exentos de la referencia personal al hijo a quien se dirigen, cobran una jerarquía universal, un rango de espiritualidad trascendente que encuentra su exacta ubicación moral entre la epístola de Pablo de Tarso y la del mártir de nuestra Reforma política, Melchor Ocampo; pero ante las duras y tajantes palabras del apóstol de la gentilidad, que, desde luego, por su tono imperativo, parecen dictadas en estilo castrense: "las mujeres han de estar sujetas a sus maridos en todo", "los maridos deben amar a sus mujeres", "dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará con su mujer y serán los dos en una carne", y frente a las reflexiones, a la vez amables y severas del filósofo reformista, que recomiendan al marido tratar a la esposa como la parte más noble y delicada de su ser, a ésta prestar a aquél sumisión y asistencia, y a ambos, educar celosamente a los

tiernos frutos de su unión, porque la sociedad bendice a los padres que le dan buenos y cumplidos ciudadanos, los párrafos de la carta que da materia a nuestro comentario y los cuales vamos a citar, parece que brotan de la fuente misma, perenne y bondadosa, de la vida:

“Pasados los primeros años de casados, la amistad entre los esposos vale más que el mismo amor. Este sentimiento cuando es pasional suele separar a los cónyuges por cansera de la propia naturaleza; pero un entendimiento recíproco y perdonador alargaría indefinidamente la ventura calmada y profunda del hogar.”

“En tales circunstancias el matrimonio es un espejo de bienandanzas, porque marido y mujer se compenetran de tal modo, que se funden en un único ser, realizando el milagro, milagro del querer, de que dos personas físicas diríase que tuvieran un solo corazón y un mismo cerebro, pues de lo bien que se entienden se adivina el pensamiento y sus sentimientos se confunden.”

¿Verdad que por cima de estos conceptos sopla un hálito más humano y reconfortante que el que flota sobre el seco mandato del antiguo fariseo Saulo: “Serán los dos en una carne”?

“El hombre que es víctima de la maldad humana o de un sino adverso, solamente en el remanso hogareño encontrará consolación y aliento para curar sus dolencias y seguir adelante.”

Vale bien esta prosa los versos de Marquina:

*Si el mundo es tempestad la casa es puerto,  
y si es guerra la vida, ella es victoria;  
pon en ella tus ansias a cubierto  
y saca a dulces pastos la memoria.*

Y este hombre, que así desborda sentimientos humanos ha sido perseguido por el dolor. En la carta a que nos referimos, advertía al hijo que se alejaba de su lado:

”Mi amistad paternal no te faltará nunca, sobre todo cuando el dolor te sorprenda y acompañe. . .”

Parece que la vida le ha deparado la oportunidad en la propia carne del hijo que le había negado y que su propia generosidad le procuró.

Pero es en el dolor donde se templan las almas, y él se hallaba apercibido para el dolor, Atended a este fragmento literario suyo:

“El dolor no está en la vida, sino en las almas de quienes le quieren o le odian. Los que le odian, desesperan. Los que le aman, encontraron el secreto de la felicidad. . . El dolor fecunda, el dolor crea. . .”

¿Qué deseo mejor para él, en su jubileo profesional, sino el de que su dolor se le haya tornado en lo mismo en que él piensa que se transforma para quienes lo consienten: en una serena melancolía?

México, D. F., 9 de septiembre de 1958.